



## II.

**Mis Trabajos Políticos.—Revoluciones Pacificas.—Derecho a la Libertad.—Los Dictadores Romanos.—“Méjico Pacificado” y “Heroe y Caudillo.”—Revoluciones y Militarismo.—Nausca Historica.**

Mis trabajos políticos son bastante bien conocidos de buena parte de mis compatriotas, pues que así en la hoja periódica como en el libro, he procurado dar cuerpo á mis ideales y doctrinas. Nunca pretendí que los unos y las otras, fuesen el *in hoc signo vincis* de la democracia, que ver anhelo implantada y germinando en mi patria. Sé que, con frecuencia desconsoladora, el ideal se anticipa á la obra, décadas y aún centenares de años. Y hasta en el frío terreno de la ciencia, Aristóteles *presentia* los parásitos de las aguas estancadas—miles de años antes de que la ciencia moderna les denunciase—y, en una de sus cartas dirigidas á Alejandro el Magno, le prevenía contra ellas.

La elaboración psíquica es tan lenta cuanto necesaria. Las doctrinas más avanzadas, que nacen en un instante de alumbramiento en un cerebro privilegiado, se arrastran, se sumergen y exurgen en lodazales de

sangre, infamia y crímenes, antes de prevalecer en el ánimo de las comunidades y ser aceptadas entre sus cánones de organización y vida social.

Pero tened en cuenta, que los principios viables humanos, que tienden á la perfectibilidad, nunca naufragan ni perecen. Si de aquí se ausentan un momento, tended la vista en torno, aguzad la visión y sin mucho esfuerzo les hallareis esplendiendo en no lejano sitio; quizás—como ejemplo y emulación—en una nación vecina. Y mientras haya sobre la tierra nobles ejemplos que imitar, el estancamiento indefinido es imposible, el progreso es necesario y un levantado estímulo salta fosas y derriba barreras, con el solo influjo de una voluntad firme y bien encaminada.

Las revoluciones que cambian la faz política de los pueblos, no solamente se hacen derramando sangre fratricida, ni llevando la desolación y el duelo al hogar de nuestros hermanos; también cambian y se transforman aquéllos, cuando la voluntad de ser libres en ellos enraiga profundamente, hasta penetrar y romper la roca del embrutecimiento—que puede ser abyección, fanatismo ó ignorancia—y el *anhelo* de libertad evoluciona en *derecho*. El “*derecho a la libertad*” sólo lo adquieren los pueblos cultos, que en la adversidad han aprendido á portarse “*decentemente*,” como los individuos, y á ser “*ciudadanos pacíficos, honrados, progresistas y fuertes*,” en la comunidad de las entidades políticas que

pueblan el globo.

No son estas nuevas teorías que me han saltado á la mente con el fracaso de mi última campaña; no, cualquiera que sea el mérito de mis escritos—y en favor ó pugna con las ideas corrientes—en ellos se encontrará siempre el mismo fondo: odio al desorden, merced al cual yacemos en la situación presente, y anhelo firme de que ideas dignificadoras se difundan y germinen en el corazón y cerebro de mis compatriotas; convencido como estoy, de que, “los crímenes de los tiranos, son siempre el gran crimen del pueblo que los hizo posibles.” Los romanos lo sabían mejor que nosotros—y por eso voluntariamente se imponían el castigo.—Cuando, debido á sus desórdenes, ponían en peligro á la Nación, nombraban un dictador, investido de facultades omnímodas, para volverles á la razón y conjurar el peligro, á fuerza de hierro y látigo.

Decía que no venía ahora—como cosa nueva en mí—predicando la evolución pacífica (aunque no por ello menos militante), como medio salvador de las instituciones democráticas. En la *Advertencia Preliminar de MÉJICO PACIFICADO*, y cuando aún no me sacudía el polvo de tres prisiones, tan crueles como injustas, decía lo siguiente:

“Esta obra no es un libelo. Escrita por un mejicano, es para los mejicanos. Para que en ella vean, palpen nuestras miserias sociales y políticas, sobre todo políti-

cas; mas no para fomentar discordias que debilitan y minan el basamento de la resistencia nacional, la cual estriba, con especialidad, en el fraternalismo fortificado por el alto sentimiento de Patria.”

Y en la foja IV asenté:

“Con todo, fuerza es repetirlo, no va por manera alguna encaminada esta obra, á despertar los antiguos odios y sed de venganza, puesto que hemos repasado más de una vez nuestra historia moderna, y en ella hemos aprendido, cómo de la sangre sólo pueden brotar iniquidades, cómo una revolución llama á otra; y de aquí la instabilidad de los gobiernos, la anemia social, el caudillaje, el militarismo á flote, la corrupción, la muerte de la conciencia política, el peligro más real y más cercano cada día, de la intervención extranjera....”

“Pero no debe olvidarse, que el querer evolucionar, es parte principal de la evolución—por eso el Japón deshizo en algo más de treinta años, las concreciones feudálicas de muchos siglos—y, téngase presente, que no hay tiranía que perdure contra la voluntad en contrario de un pueblo viril, que protesta, áun sin echar mano del nefario recurso de las armas....”

Por lo que mira á las revoluciones y el caudillaje, que de ellas nace necesariamente, en HÉROE Y CAUDILLO, páginas 23, 24 y 25, dije lo que sigue:

“Si fuera posible al psicólogo, fotografiar las conciencias de cuantos en momentos históricos como el que

nos ocupa, contribuyen de un modo directo á formar, menos que historia, cronicones nefandos de disturbios políticos, ¡cuánta miseria y lodo saldría á la superficie! Un país entregado al caudillaje, es sólo semejante á un hombre ebrio, que se excita, decae, enmudece, gesticula, se enciende en ira, prorrumpé en vociferaciones obscenas; pero que, en medio de esas sensaciones é impresiones tumultuarias, siente que la tierra le falta; sus ideas giran en torbellino; y á cualquier impulso se mueve, y el menor esfuerzo le derrumba. Y de nuevo cae, vacilando siempre, hasta el momento en que, ó recobra la razón y de nuevo se aclaran sus horizontes, ó de tumbo en tumbo se abisma y perece."

"Los hombres de valor, en primer lugar; en segundo los fanáticos que persiguen ideales ó rinden culto á principios determinados, y, por último, los sedientos de lucro ó mando, han conseguido embriagar al pueblo con repetidas libaciones de sangre. El estampido del cañón, la descarga de la fusilería, el alarido del clarín y el verbo candente de la literatura revolucionaria, han dispuesto convenientemente los ánimos. Las masas están hipnotizadas, y, *alli hay soldados.* . . . . En la escuela, en el taller, en la oficina pública y hasta en el almacén del negociante, *hay tambien ya hombres hipnotizados.* Saben leer, y han leído; por consiguiente, sirven para conducir reclutas al degüello. Sus lecturas han sido de prisa, mal digeridas, inadecuadas, no les proporciona-

el cesarismo, ó bien, como en otra parte digimos, se le da una acepción restringida, significando el “gobierno de los militares sin apego á la ley escrita.”

“El militarismo, propiamente tal, no existe como gobierno, sino en los cuarteles y campamentos, y en las ciudades en estado de sitio. Es, pues, en este caso, un fenómeno social aislado; ó bien una anomalía y un azote.

“Como condición necesaria del cesarismo, desde Filipo de Macedonia á Napoleón, ha aportado innegable, valiosísimo contingente al progreso de la humanidad. Las naciones arias, la rama céltica principalmente, llevaron á Europa una civilización rudimentaria, hija de las necesidades creadas por la defensa y el despojo, y prepararon las grandes obras de Alejandro y César. Las armas griegas esparcieron la cultura de la Hélade en el Oriente y Sur de Europa; y las armas romanas la difundieron, al dispersarse sus triunfadoras águilas por todo el mundo entonces conocido.

“Las irrupciones del siglo IV, prepararon la evolución de la humanidad entera con el triunfo del cristianismo. Los cesarismos de Enrique IV, Francisco I y Gregorio VII, coadyuvaron enérgicamente á la resurrección intelectual de las naciones de Europa, y el Renacimiento, puede decirse que surgió de las repúblicas aristocráticas de la Italia medioeval. El mismo Bonaparte, que apareció un día, un instante, en la llanura santa de E-

dredón, "el tiempo exclusivamente necesario para derrotar una armada y tenderla sobre las hierbas," debería más tarde convertirse en el destructor terrible de tronos carcomidos; y enseñarle al mundo, que los que tiraban de su carro sin dignidad ni fuerzas, no podían ser, sobre la tierra, los representantes del Dios del Universo. Desgraciadamente es un hecho histórico constante, que "la civilización con sangre entra;" por eso las conquistas han tenido, y tendrán todavía, mientras existan pueblos salvajes sobre la tierra, una poderosa razón de ser: la evolución hacia un modo de existir más perfecto.

"Pero, precisamente de estas consideraciones generales, se deduce la improcedencia, la sin razón del *militarismo*, cuando sólo se emplean las armas para apuntalar un trono, como el de Napoleón III, ó para reducir á una sumisión abyecta á los nacionales.

"El militarismo, en este sentido, esto es, dominando ó sujetando á un pueblo bajo la cureña, sólo es explicable como castigo, ó para ayudarle á reaccionar, durante un lapso breve; mas, si para conservar al pueblo sujeto y mantener su puesto el opresor, le es preciso continuar la sujeción un tiempo indefinido y cada vez más severamente; entonces, no hay nación, ni hay gobierno, ni hay hombres, ni hay nada: es sólo Hércules que comprime la Hidra bajo su pie, y teme que se levante y le muerda. . . ."

Por lo transcrita se verá con claridad suficiente, que si en este epúsculo no me muestro entusiasta partidario de los que pretenden curar los males de las comunidades ó pueblos, infiriéndoles repetidas y copiosas sangrías— como los medicastros y flebotomianos del siglo XV— esto no se debe al fracaso y fría acogida que mis libros precitados obtuvieron entre mis compatriotas, sino á principios profundamente arraigados.

Mi odio á las revoluciones y al militarismo, procede de una *nausea historica*, si vale expresarse así. No se puede estudiar con criterio rígido nuestra historia moderna, sin exclamar con el poeta de la antigüedad: “Qué mal te hicieron tantos y tantos infelices á quienes sacrificó tu inquina inextinguible?”

